

DE LA PRAXIS MISERICORDIOSA DE JESÚS A LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

Prof. Bert Daelemans

Aula de Teología
9 de Febrero de 2016

En el brocal del pozo...

Comentando el libro del Génesis, el Padre de la Iglesia Orígenes observa, como de paso, que *encontramos continuamente a los patriarcas tratando de excavar pozos, buscando agua para sobrevivir, para saciar su sed.*

De ahí que el sacerdote francés Jean Corbon (1924-2001) empiece su célebre obra *Liturgia fontal (Liturgie de Source, 1980)* diciendo: *El hombre tiene sed y busca su agua donde piensa que puede encontrarla.* El hombre, donde sea que se encuentre, donde sea que plante su tienda, siempre empieza por excavar un pozo: en el brocal de un pozo empieza siempre la historia de su salvación. *Somos –dice Corbon- igual que los patriarcas recorriendo la tierra prometida, ‘extranjeros en nuestra propia heredad’. Y, junto al pozo, construimos un altar a nuestro dios. Incluso el hombre tan seguro de sí mismo, incluso ‘las negaciones de nuestro inconsciente ateo’ descubren esta sed, esta nostalgia sin la cual no existimos, a pesar de que “dicen que no tienen sed. Dicen que no es una fuente; dicen que no es agua; dicen que no es la idea que ellos mismos se forjan de una fuente y del agua. Dicen que el agua no existe...”¹.*

Sin embargo, bien sabe Corbon que hay Alguien que tiene sed antes que nosotros, Alguien que excava un pozo y ahonda en nosotros la sed y el deseo, Alguien que se pone en camino hacia nosotros para *alcanzarnos en el brocal de nuestros pozos irrisorios.* ¿Dónde podemos encontrar la Fuente, al Señor de la Fuente, quien nos pone en contacto con la misericordia divina? Para responder a esta pregunta, vamos a proceder en dos etapas.

Como indica el título de esta conferencia, propongo explicitar una relación intrínseca, íntima, esencial, constitutiva, entre Jesús y la Iglesia, entre Jesús en su praxis misericordiosa y la Iglesia en sus sacramentos. Esta vinculación tiene dos vertientes, cronológica y teológica. Por una parte, hablamos de un recorrido histórico desde Jesús de Nazaret hacia la Iglesia sacramental. Por otra parte, hay también una reflexión mistagógica, de cómo la Iglesia ha entendido su ser sacramental como prolongación de e inserción en la praxis de Jesús, sobre cómo los sacramentos apuntan a su origen y su fin en Cristo, cómo nuestros sacramentos hacen presente a Cristo en su praxis misericordiosa. Respondemos, entonces, a dos preguntas fundamentales: primero, desde Jesús a los sacramentos; segundo, desde los sacramentos a Cristo.

De tal modo intentamos responder a las siguientes preguntas: ¿Por qué hay sacramentos? ¿De dónde vienen? ¿Qué significan? ¿Por qué hay siete? ¿Qué tienen que ver los sacramentos con la praxis del Jesús histórico? ¿Cómo son prolongación de la praxis de

¹ Paul CLAUDEL, *Le Père humilié*, acto II, escena 2.

Jesús? ¿Cómo se enraízan en la praxis misericordiosa de Jesús? ¿Podemos seguir entendiendo los sacramentos como praxis misericordiosa de Cristo hoy?

I. De la praxis misericordiosa de Jesús a los sacramentos de la Iglesia

1. LA PRAXIS MISERICORDIOSA DE JESÚS: ACCIONES SIMBÓLICAS Y DESCONCERTANTES

Los sacramentos, como los conocemos hoy en día, siete en la Iglesia católica y dos en las iglesias protestantes, se enraízan en la praxis misericordiosa de Jesús de Nazaret. Jesús anunció el Evangelio, la Buena Noticia de la llegada del Reino de Dios, con palabras, parábolas y con gestos, acciones simbólicas, proféticas, desconcertantes, para mostrar que había llegado el Reino.

a. Gestos simbólicos (*ô*t) de los profetas del Antiguo Testamento

Al igual que los profetas del Antiguo Testamento, Jesús realizó acciones simbólicas que eran desconcertantes, casi escandalosas para sus contemporáneos. Los gestos simbólicos de los profetas del AT se conocen en hebreo como *ô*t². Siempre es YHWH quien actúa a través de ellos y siempre encarnan un mensaje para el pueblo de Dios. Por ejemplo, el profeta Jeremías quiebra un cántaro de barro para incitar al pueblo a convertirse: *Así dice el Señor todopoderoso: Yo romperé este pueblo y esta ciudad como se rompe una vasija de arcilla, que ya no puede recomponerse* (Jr 19,11). El mismo profeta usa hasta su propia ropa interior desgastada para indicar dos cosas: *Así dice YHWH: del mismo modo echaré a perder la mucha soberbia de Judá y de Jerusalén. [...] Porque así como se pega la faja a la cintura de uno, de igual modo hice apegarse a mí a toda la casa de Israel y a toda la casa de Judá – oráculo de YHWH– con idea de que fuesen mi pueblo* (Jr 13,9.11). Conocemos también la historia de Oseas, que se casa con una prostituta *porque el país se está prostituyendo completamente, apartándose de YHWH* (Os 1,2).

Estas acciones simbólicas, desconcertantes, van más allá de una mera ilustración del mensaje. Ya son un prelude, un inicio de las futuras desgracias si el pueblo no se convierte. Estos gestos se inscriben en la vida misma del profeta, quien se convierte él mismo en signo personificado de la Palabra de Dios. La gran diferencia con las acciones simbólicas de Jesús es que Él no anuncia desgracias sino prefigura ya la Buena Noticia, la llegada del Reino, la justicia misericordiosa de Dios Abbâ. Lo desconcertante en la praxis de Jesús era su misericordia, que tocaba a intocables, que curaba un día de Sabbat, que perdonaba a pecadores. Todos los gestos desconcertantes de Jesús brotan de sus entrañas de misericordia.

b. Gestos desconcertantes de Jesús: bautismo, unción, curaciones, perdón, los Doce, el novio, última cena, imposición de manos.

El primer gesto desconcertante que hizo el Jesús adulto fue someterse al bautismo de Juan, un bautismo para la conversión de pecadores. En el evangelio según san Mateo, la reacción de Juan el Bautista refleja el desconcierto de la primera comunidad cristiana: *Soy yo el que necesito que tú me bautices, y ¿eres tú el que vienes a mí?* Jesús le respondió: *“Deja eso ahora; pues conviene que cumplamos toda justicia”* (Mt 3,14-15). Según este breve diálogo, Jesús es muy consciente de realizar un gesto desconcertante. Lo hace en solidaridad con los pecadores, y toda su vida será un bautismo: *¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?* (Mc 10,38).

² Cf. Philip J. ROSATO, *Introducción a la teología de los sacramentos* (Estella: Verbo Divino, 1994).

Él bautizará en Espíritu Santo (Jn 1,33) y, como Resucitado, enviará a los discípulos a predicar y a bautizar a todos los pueblos *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,19).

En la sinagoga, Jesús desconcierta cuando se identifica con el Siervo justo anunciado por Isaías: *El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor* (Lc 4,18; Is 61,1). Esta conciencia de ser portador del Espíritu, de ser Ungido por el Espíritu (Cristo-Mesías significa Ungido) forma la base de nuestro sacramento de la confirmación.

Desde este momento, Jesús desconcierta poniendo manos a la obra: toca a intocables, leprosos, ciegos, prostitutas, pecadores. Incluso resucita a muertos. El catecismo dice bellamente: *En los sacramentos, Cristo continúa tocándonos para sanarnos* (CEC 1504). Jesús come con ellos, les cura y les perdona los pecados –¡lo que sólo Dios puede hacer! Cada curación era una vocación. Muchas curaciones son signo profético, escatológico, preanunciativo del perdón de los pecados. Aquí se fundamenta la relación intrínseca que tienen nuestros dos sacramentos de curación: la reconciliación y la unción de los enfermos.

Jesús realizó un gesto desconcertante, profético, eligiendo a los Doce apóstoles entre sus discípulos (Lc 6,13). No eligió a los más inteligentes ni a los menos coléricos. Eligió entre pobres, pescadores, pecadores, publicanos. Les *dio poder para expulsar toda clase de demonios y para curar las enfermedades. Luego los envió a predicar el Reino de Dios y a curar a los enfermos* (Lc 9,1-2). Les envía delante de sí como servidores de su misericordia, de su propia misión recibida del Padre: *consolad, consolad a mi pueblo*. Este gesto simbólico de servicio al mismo tiempo crea comunidad, *ekklesia*, con el número simbólico, escatológico, preanunciativo del nuevo pueblo de Israel.

En lo que concierne al matrimonio, era desconcertante para sus contemporáneos que Jesús se presentase como novio: *¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?* (Mc 2,18). Desde la comprensión veterotestamentaria de la relación entre Dios y su pueblo en términos matrimoniales, con su fidelidad de la parte de Dios y sus infidelidades de la parte del pueblo, la Iglesia ha entendido su relación con Cristo como un matrimonio y al Reino de Dios como un banquete de bodas.

Al final de su vida, lo desconcertante no era que celebraba la pascua con sus discípulos, sino que se identificaba con el sacrificio expiatorio, con el cordero pascual: *Este es mi cuerpo; ésta es mi sangre para perdón de los pecados*. En el trasfondo de nuestras eucaristías no está solo la última cena sino todos los banquetes, todas las comidas, igualmente desconcertantes, con pecadores, pobres y publicanos. Y también, ciertamente, las comidas con el Resucitado. ¡Este “comilón y borracho” sigue comiendo aún después de morir! Una acción simbólica, desconcertante, que nos relata Juan, es el lavatorio de los pies. Hubiera podido ser sacramento, y en el rito ambrosiano forma parte del rito bautismal, pero la tradición no ha querido ver en ello uno de los grandes sacramentos.

Este breve recorrido de la praxis misericordiosa de Jesús puede parecer artificial, porque no queda clara aún la relación entre los siete sacramentos de la Iglesia católica y las acciones simbólicas, desconcertantes, de Jesús. Podríamos decir que toda la vida de Jesús era desconcertante. En su persona y en su praxis, Él era la *autobasilea*, la llegada del Reino de los cielos, o sea, de la misericordia de Dios. Algunas de sus acciones son más centrales, más densas, con más repercusión, como la última cena, donde afirma: *Este es mi cuerpo*, y el envío misionero de bautizar a todos los pueblos, ya como Resucitado.

Pero también las múltiples curaciones en señal del perdón de los pecados llevan a reconocer en los siete sacramentos de hoy momentos particularmente densos y simbólicos donde la Iglesia celebra su propia sacramentalidad y se realiza a sí misma.

Hay otras acciones desconcertantes y proféticas que no se plasmaron en sacramentos, como la expulsión de los mercaderes del Templo, o las bodas de Cana, aunque este último tiene claras referencias eucarísticas. Lo que debe quedar claro es que los siete sacramentos son muy distintos entre sí y no tienen una igual relación con el trasfondo bíblico. Lo cierto es que Jesús no ha instituido los siete sacramentos de manera jurídica, definiendo su materia y su forma, es decir, los gestos y las palabras que constituyen cada uno de los sacramentos, como verter el agua y pronunciar la fórmula trinitaria en el caso del bautismo, o participar en un banquete de pan y vino con las palabras de la consagración en el caso de la eucaristía. Uno de los gestos preferidos de Jesús era la imposición de manos. Lo hizo con niños y con enfermos, pero no se menciona este gesto en la elección de los Doce. Solo la Iglesia de los primeros tiempos lo adopta como gesto de delegación y ordenación, indicando por este gesto sencillo el descenso del Espíritu Santo. Es un gesto de Jesús que se conserva en cada uno de los sacramentos.

Estos gestos simbólicos de Jesucristo no eran meras ilustraciones de su mensaje sino que encarnaban e inauguraban ya el Reino. Todas las acciones de Cristo se compaginaban con palabras explicativas. Recordamos el episodio de la hemorroísa que toca el manto de Jesús (Mc 5,27). Jesús no la deja ir sin decirle: *Hija, tu fe te ha salvado* (Mc 5,34). Cristo era, en persona, la Palabra de Dios encarnada, hecha carne. Esta unidad de palabra encarnada se encuentra en todo su mensaje y en toda su praxis. Esta íntima unidad entre palabra y praxis se sigue encontrando en los sacramentos, que son, en la feliz expresión de san Agustín, *palabras visibles*.

c. Sacramentos como “palabras visibles” (san Agustín)

Aquí, podemos leer un extracto de su comentario al evangelio de san Juan. San Agustín está comentando esta frase de Jesús a los apóstoles después del lavatorio de los pies: *Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he dicho* (Jn 15,3). San Agustín lo explica en relación al bautismo, para entender mejor al sacramento del bautismo. San Agustín sabe que Jesús puede limpiar, salvar, crear por su sola palabra. Pero las palabras siempre se encarnan en hechos, acciones simbólicas y misericordiosas. *El amor se debe poner más en las obras que en las palabras*, dirá san Ignacio de Loyola [EE 230]. El símil va a ser la Palabra de Dios hecha carne: como el Logos se encarna, así en el bautismo también tenemos un elemento material, el agua, acompañado de palabras. Y se pregunta Agustín: *Quita la palabra, ¿y qué es el agua sino simplemente agua? Accede la palabra al elemento, y se hace el sacramento, que debe ser entendido como palabra visible (visibile verbum)*³.

Sigue san Agustín: *¿Y de dónde le viene al agua tanta virtud, que toque el cuerpo y lave el corazón, sino por la acción de la palabra, no de la palabra pronunciada, sino de la palabra creída? Porque, en la misma palabra, una cosa es el sonido que pasa, y otra la virtud que permanece*. San Agustín resalta aquí, fiel al dicho de Jesús, *estáis ya limpios por la palabra*, que el agua recibe su fuerza, su virtud, su poder de transmitir la misericordia divina, gracias a la palabra, no la palabra del sacerdote sino la palabra de Dios escuchada, acogida, creída. Las palabras dichas por el ministro del sacramento pasan como el sonido, pero lo que

³ Tract. Io. Ev. 80, 3: BAC 165, 364.

permanece es la fuerza de la palabra creída, las semillas de la Palabra divina creciendo y madurando en la fe. En efecto, la primera fórmula bautismal no era: *Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* sino que eran tres preguntas: *¿Crees en el Padre?* Y respondías: *Creo*. Y seguía la primera inmersión en el agua. *¿Crees en el Hijo?* *Creo*. Seguía la segunda inmersión. *¿Crees en el Espíritu Santo?* *Creo*. Y la tercera inmersión.

Las palabras que nos vienen en los sacramentos son las palabras de Jesús, remiten directamente a la praxis misericordiosa de Jesús. Las palabras forman parte esencial de los sacramentos porque son las palabras de Cristo, del Logos encarnado de Dios.

Por esta razón, san Agustín llega a afirmar: *En vano se pretendería limpiar con el elemento que se deja caer si no se le juntase la palabra. Y esta palabra de fe es de tanto valor en la Iglesia de Dios, que por ella limpia al creyente, al oferente, al que bendice, al que toca, aunque sea un tierno infante, que aún no puede creer con el corazón para justificarse ni hacer la confesión de boca para salvarse*⁴. El tierno infante también es bautizado en la palabra de fe, en la fe de sus padres, sus padrinos, en la fe de la comunidad eclesial.

2. EL GESTO DESCONCERTANTE POR EXCELENCIA: SU ENTREGA EN LA CRUZ

Para entender la íntima relación que existe entre la praxis misericordiosa de Jesús y la sacramentalidad de la Iglesia, merece la pena contemplar el *Tríptico de los siete sacramentos*, de Rogier Van der Weyden, que se conserva en el Museo Real de Bellas Artes de Amberes, en Bélgica. Percibimos en el centro el último acto de Jesús, ciertamente el más desconcertante de todos, *voluntariamente aceptada* -como rezamos en la segunda plegaria eucarística- *sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo* (Jn 13,1). Jesús se entrega muy conscientemente, como acto misericordioso definitivo, determinante, para el perdón de los pecados. Este gesto desconcertante de auto-entrega queda reflejado en los siete sacramentos de la Iglesia, que apreciamos en las capillas laterales de esta catedral gótica del siglo XV. El pintor ha puesto este centro y culmen de nuestra fe, el misterio pascual, en el contexto de la arquitectura hipermoderna de su tiempo: un choque tremendo, blasfemo para quien solo sabe mirar con los ojos físicos. El pintor es un gran teólogo: hace visible lo que solo se puede captar con los sentidos espirituales. Cristo es, como se ha podido decir a principios del siglo XX, el *Ursakrament*, el sacramento original, de quien brotan todos los sacramentos, a quien remiten todos los sacramentos, en quien se insertan todos los sacramentos. Los sacramentos nos ponen en íntimo contacto con Cristo en su auto-entrega, en el don de sí mismo, en su praxis misericordiosa por excelencia.

a. Cristo, sacramento original

La cruz ocupa un lugar central en la Iglesia porque es el lugar supremo de la revelación de la misericordia divina: *Por la muerte que Cristo ha sufrido en su cuerpo mortal, os ha reconciliado con Dios y ha hecho de vosotros su pueblo*. (Col 1,22); *Si siendo enemigos Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, nos salvará para hacernos partícipes de su vida*. (Rm 5,10).

Cristo es el sacramento del Padre, porque es la Palabra encarnada, su Palabra hecha carne, cuerpo que se puede tocar, manipular, desfigurar, clavar en una cruz. Así lo ha podido cantar san Efrén el Sirio en este canto navideño:

Gloria a quien vino a nosotros a través de su Primogénito.

⁴ *Tract. Io. Ev.* 80,3: BAC 165, 364

*Gloria a aquel Silencioso que habló por su voz.
Alabanza a aquel en las alturas que se hizo visible a través de su epifanía.
Gloria al Espiritual que quiso ser engendrado a través de un cuerpo,
para así se pudiera palpar su poder y encontraran vida
a través de este cuerpo los cuerpos semejantes a Él.*

*Gloria a aquel Invisible que ni siquiera por el pensamiento
puede ser palpado por aquellos que quieren investigarlo.
Sin embargo, por su bondad se dejó palpar por la mano humana.
La naturaleza que nunca fue detectada
ha sido atada en sus manos y enlazada y por sus pies perforada y crucificada.
Él mismo, por su voluntad, se ha encarnado para sus agresores. (Himno de Navidad III,3.5)*

Este Cristo que hace visible el rostro del Padre invisible, hasta en su desfiguración en la Cruz, es el sacramento por excelencia. De ahí que san Agustín llegara a decir: *No hay otro sacramento de Dios sino Cristo*. Y Martín Lutero: *La Sagrada Escritura conoce sólo un sacramento, Cristo, el Señor*. Santo Tomás: *Cristo es el sacramento fundamental, en cuanto que su naturaleza humana causa, como instrumento de la divinidad, la salvación*. Edward Schillebeeckx: *Cristo es el sacramento del encuentro con Dios*. Y Karl Rahner: *Cristo es la presencia real histórica de la misericordia escatológicamente victoriosa de Dios en el mundo y la primordial palabra sacramental de Dios en la historia de la humanidad una*.

Ese mismo himno de san Efrén empieza así:

*Bendito sea el bebé que ha alegrado hoy a Belén.
Bendito sea el Niño que ha rejuvenecido a la humanidad.
Bendito sea el fruto que se inclinó a sí mismo hasta nosotros, los hambrientos.
Bendito sea el Bondadoso que de repente
convirtió en riqueza nuestra pobreza y ha saciado nuestra necesidad.
Bendito sea aquel que inclinó su misericordia para curar nuestra enfermedad.*

Precioso en estas intuiciones del cantautor siríaco es que subraya la connivencia entre el Dador y sus dones: como los bebés no suelen identificarse por sus llantos sino por su fresca, franca y sincera alegría, Efrén puede decir que hoy nos regala alegría, tan fresca y espontánea como la de un recién nacido. Como niño nos regala juventud, nos rejuvenece. Y como fruto en la cruz, este nuevo Árbol de vida, se inclina hacia nosotros para alimentarnos en su Eucaristía. Implícito es, obviamente, el árbol del paraíso. San Efrén dice, en otro lugar, que el mayor pecado de Adán y Eva era la impaciencia. No han dejado madurar el fruto y así, naturalmente, les dolía el estómago. No hay que tomar lo que no conviene antes de tiempo. Pero ahora, en la cruz, árbol de la vida, el fruto es maduro y por su propio peso, que se dice 'kabôd' en hebreo, por su propia gloria, se inclina hacia nosotros, se entrega a sí mismo. De repente, somos ricos, saciados. Es asombroso que, en un villancico, Efrén sepa alabar la redención y reconocer el principio y fundamento de nuestra vida cristiana, el centro de la praxis misericordiosa de Cristo, el culmen del misterio pascual: *Bendito sea aquel que inclinó su misericordia para curar nuestra enfermedad*.

La cruz es el epicentro de la economía de la salvación. El agua y la sangre que brotaron del costado de Cristo han sido interpretadas por los Padres de la Iglesia como símbolos del bautismo y de la Eucaristía, como el nacimiento del *sacramento admirable de la Iglesia entera*. (SC 5).

b. La Iglesia, sacramento fundamental

Desde esta sacramentalidad fontal, original de Cristo, se ha podido entender la estructura sacramental de la Iglesia, en todo su ser y quehacer. La Iglesia es sacramento fundamental, *Grundsakrament*, porque también hace visible una realidad invisible, el Cuerpo de Cristo eclesial. Esta sacramentalidad la celebra la Iglesia sobre todo en sus siete sacramentos, pero todas sus dimensiones son sacramentales porque muestran a Dios y realizan el Reino de Dios en este mundo.

San Buenaventura, en *Itinerarium* III, 5, dijo: *Cristo murió en la cruz para que veamos a través de la herida visible la herida del amor invisible*. En efecto, como bien sabía Orígenes: *El Padre no es impasible, es compasivo*. Y San Gregorio de Nacianze se pregunta cómo el Padre ha podido dejar morir a su Hijo en la cruz: *Si la sangre es derramada por el Padre, lo primero que me pregunto es cómo puede ser esto. ¿Por qué motivo el Padre, que no permitió que Isaac fuera ofrecido en sacrificio por Abrahán, puede complacerse en la sangre del Unigénito? Es, pues, claro, que Dios lo recibe no porque lo haya exigido, sino por la economía de la salvación, dado que era necesario santificar al hombre con la humanidad de Dios. (Or. 42,12,22)*

La última frase esclarece la dificultad: era para nuestra santificación. No había un Dios colérico que necesitaba sacrificar a un sustituto para nuestros pecados. Era para santificarnos, no para sustituirnos. Y no tanto santificarnos con la divinidad, sino más bien con la humanidad de Dios, con el Verbo encarnado. Aquí hemos llegado al corazón de nuestro tema: cómo los sacramentos nos transmiten la misericordia de Dios, cómo son y siguen siendo, hasta el final de los tiempos, praxis misericordiosa de Jesucristo. Los sacramentos santifican al hombre con la humanidad de Dios. Los sacramentos nos ponen en contacto con la humanidad de Dios, con los gestos simbólicos, desconcertantes, de la praxis misericordiosa de Jesús, donde se nos mostró el rostro más humano de Dios.

c. Los sacramentos, praxis misericordiosa del sacramento original

En el primer Prefacio de Navidad, se reza un texto que data del siglo VI: *Porque gracias al misterio de la Palabra hecha carne, la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor, para que conociendo a Dios visiblemente, él nos lleve al amor de lo invisible*. Como Cristo mismo, Palabra hecha carne, es el Rostro del Padre, nos muestra al Padre – *quien me ve, ve al Padre* (Jn 14,9– un Dios invisible, que nadie puede ver sin morir, así los sacramentos nos hacen visible, palpable, presente, un misterio invisible. Los sacramentos nos ponen en contacto con el Reino sin sacarnos del mundo. Son como hipertextos en Internet: cuando haga clic en un hipertexto, se me abre una ventana, una nueva dimensión inesperada, pero sin sacarme de mi texto, de mi contexto. Así los sacramentos son capaces de abrir la historia a la eternidad, de traer al presente tanto el pasado como el futuro. *Per visibilia ad invisibilia*.

San Agustín definió el sacramento como *todo signo visible capaz de revelar una realidad invisible*. Agustín tenía todavía una comprensión muy amplia del término *sacramentum* o *mysterium*, que eran casi sinónimos. Santo Tomás de Aquino va a basarse sobre esta definición agustiniana, diciendo: *Propiamente se llama sacramento lo que es signo de una realidad sagrada; pero añade, que santifica a los hombres*. Entonces, hay siempre dos vertientes en cada sacramento: como signo, me revela la gracia invisible; como causa, realiza en nosotros esta gracia invisible. En otros términos, la celebración de los sacramentos no solo revela, sino realiza también en nosotros la misericordia de Dios.

II. De los sacramentos de la Iglesia a la praxis misericordiosa de Cristo

En esta segunda parte, una vez asentado que los gestos desconcertantes de Jesús han llevado cronológicamente a los sacramentos de la Iglesia, seguimos la vertiente mistagógica, teológica, preguntándonos cómo los sacramentos siguen siendo hoy praxis misericordiosa de Cristo, o sea, como los sacramentos nos ponen en contacto con el Logos encarnado, el Dios crucificado y resucitado.

3. LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA: ACCIONES SIMBÓLICAS Y DESCONCERTANTES

Podemos percibir la misma estructura sacramental en los siete sacramentos, en la Iglesia como Cuerpo de Cristo y en Cristo como Palabra hecha carne. Esta relación íntima entre la sacramentalidad de la Iglesia y de Cristo, la ha entendido muy bien santo Tomás, quien observa, en su *Summa Theologica*, a la hora de presentar los sacramentos después de haber tratado de la cristología: *Después de estudiar los misterios del Verbo encarnado, debe venir el estudio de los sacramentos de la Iglesia, ya que es del Verbo encarnado de quien los sacramentos de la Iglesia reciben su eficacia*. De este modo, santo Tomás no sigue la estructura del Credo, donde se menciona al bautismo en el marco eclesiológico del Espíritu Santo, sino quiere resaltar, fiel a toda la tradición patristica, que los sacramentos remiten directamente a la praxis misericordiosa de Jesús, la Palabra encarnada de Dios.

a. Los sacramentos en la historia de la teología

Ofrezco ahora un breve recorrido histórico del tratado de los sacramentos. ¿Cómo se ha reflexionado sobre los sacramentos a lo largo de la historia, y qué aspectos se han subrayado sucesivamente?

La historia de la salvación va de la creación del mundo a la Jerusalén celeste. El epicentro de la historia de la salvación es el misterio pascual.

El tratado de los sacramentos en la historia de la teología se ha pensado, sobre todo en el siglo XII con teólogos como Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo y Santo Tomás. Pero antes de la edad media, de la escolástica, encontramos sobre todo los sacramentos en la liturgia, en la celebración. En este primer tiempo, la patristica (Tertuliano, San Ambrosio, San Agustín, en Occidente) se va a centrar en el bautismo. En la Edad Media se va a centrar más en la eucaristía, y la discusión va a ser sobre si es simplemente un símbolo o una presencia real; en este tiempo el sacramento tiene ya una significación propia. En los siglos XV y XVI, tienen lugar los concilios de Florencia y Trento, y entramos, más bien, en una casuística, problemas casuísticos de la moral, y queda definitivamente establecido el significado de sacramento. En el siglo XX, con el movimiento litúrgico, eclesiológico y el Vaticano II, recuperamos toda la dimensión celebrativa y de la comunidad.

Por tanto, si al principio, en la patristica, el sacramento es un signo, en la edad media se va a decir que es el signo y causa de la gracia; la casuística se va a enfocar más en el ministro y la validez del sacramento y en el siglo XX recuperamos la celebración, la dimensión celebrativa del principio.

b. Los sacramentos en la historia de la salvación (Hugo de san Víctor y santo Tomás)

En el siglo XII, Hugo de San Víctor, un monje de la Abadía agustina de Saint Victor, cerca de París, tiene una visión muy interesante de la historia de la salvación y el sacramento como medicina que nos cura del pecado original. Él dice que todo cambió con Adán y Eva, con el pecado original.

Comienza exponiendo la obra de la Creación, -opus conditionis- pero dice que, después del pecado original, la obra de Dios va a ser restaurativa -opus restorationis- es decir, Dios tenía que restaurar algo que hemos hecho mal y preparó el remedio adecuado a nuestra enfermedad, dejando al hombre los “sacramentos”. El maestro Hugo concibe la historia humana dividida en tres períodos sucesivos. El primero es el tiempo de los sacramentos de la ley natural, que abarca desde Adán hasta Moisés; el segundo es el tiempo de los de la ley escrita, la Antigua Alianza, que va desde Moisés hasta Cristo; y el tercero es el tiempo de la gracia, los sacramentos de la Nueva Alianza, que va desde Cristo hasta el final de los tiempos, y son los siete sacramentos que conocemos, bautismo, eucaristía, etc.

Hugo de San Victor dice que *desde que hubo enfermedad, hubo remedio. Sin embargo, los medios que se dieron desde el principio se fueron manifestando de un modo más claro y patente a medida que se acercaba el tiempo de la gracia, es decir, la venida del Salvador. Unos antes de la ley escrita, otros bajo la ley, otros bajo la gracia.*

Esta visión es muy interesante porque hay una densidad de sacramentos y de sacramentalidad. En el siglo XX Leonardo Boff dirá que la colilla del último cigarro que se ha fumado su padre, es un sacramento, porque le dice mucho de su padre. Así es como tenemos muchos sacramentos naturales.

Dice Hugo de San Victor que todos estos sacramentos tienen como epicentro el misterio Pascual; todos remiten al momento de la cruz, la acción simbólica más desconcertante de Cristo, y todos los sacramentos reciben su fuerza de este momento. Para él el sacramento es como una copa de vino, un vaso de gracia; el sacramento como una medicina que tú tomas.

Su definición del sacramento es muy completa: *El sacramento es un elemento corporal o material, propuesto en una forma perceptible por los sentidos, que por su semejanza representa, por su institución significa y por su santificación contiene una gracia invisible y espiritual.* Y concluye diciendo: *Esta definición aparece tan propia y perfecta que parece convenir a todo sacramento y sólo al sacramento. Así, cualquier cosa que posee estas tres cosas es un sacramento, y lo que carece de ellas no se puede llamar sacramento con propiedad.*

Por ejemplo, el agua en el bautismo representa lo que nos limpia de los pecados. No solo representa por su semejanza, sino que también significa la gracia invisible porque a tal fin ha sido instituida por Cristo; remite todo a Cristo. Y contiene lo que es consagrado en la bendición ministerial que pide el Espíritu Santo; es decir, se requieren las palabras de la bendición para que el elemento sea santificado y se llene de gracia.

Para entender mejor cómo los sacramentos nos insertan en la historia de la salvación, escuchamos otra vez a santo Tomás. Él afirma: *El sacramento es signo conmemorativo del pasado, o sea, de la pasión de Cristo; signo manifestativo del efecto producido en nosotros por la pasión de Cristo, que es la gracia; y signo profético, o sea, preanunciativo de la gloria futura.* (ST III q60 a3). En otros términos, el sacramento conlleva consigo al pasado, al presente y al futuro. Lo afirmó san Agustín con acierto: *Hay sacramento en una celebración en la que se conmemora un acontecimiento –la pasión de Cristo- de tal forma que se significa algo –la gloria futura- que va a ser recibido santamente –ahora, el presente- (Carta 55 (a Jenaro), II, 1, 2)*

c. *Una (muy breve) parada técnica: las cuatro causas aristotélicas y Santo Tomás*

Para entender mejor cómo los sacramentos nos remiten a la humanidad de Cristo, o sea, a su praxis misericordiosa, propongo una (muy breve) parada técnica con las cuatro causas aristotélicas y santo Tomás.

- La **causa material**: Es la materia, el tipo de material con que está hecho.
- La **causa formal** es la forma específica, que determina lo indeterminado que es una materia y le hace ser lo que es.
 - La **causa eficiente** es el agente que desencadena el proceso de desarrollo.
 - La **causa final**, es el fin hacia el que cada cosa se orienta. Para Aristóteles todas las cosas tienen un fin determinado

Las dos primeras son intrínsecas y constitutivas del ser. Las dos últimas son extrínsecas y determinan su devenir.

Este esquema lo utiliza Santo Tomás para explicar los sacramentos.

Con Aristóteles, la *causa eficiente* soy yo, la *causa final* es una meta, lo que quiero fabricar, por ejemplo una mesa. Para eso necesito una *causa material*, madera. Pero necesito también tener una imagen, una *causa formal*, una idea de esta causa final.

Lo primero que hace Santo Tomás es dividir la *causa eficiente* porque dice que no solo soy yo como *causa principal*, sino también hay una *causa instrumental*, el instrumento para hacer algo, por ejemplo un hacha para hacer la mesa. Es decir, dos causas eficientes.

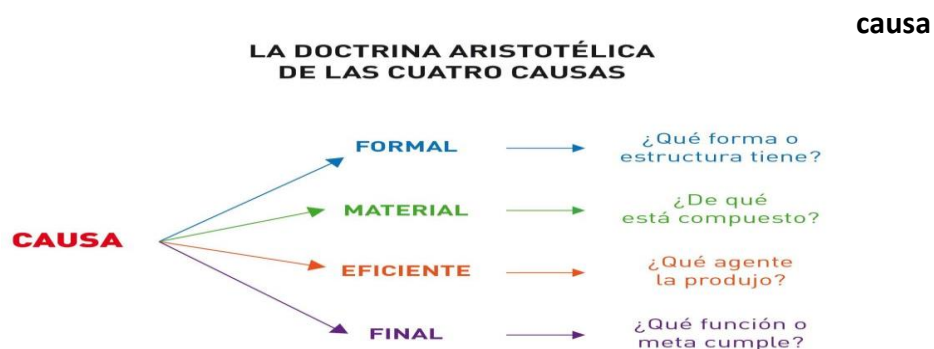
Desdobla aún más y dice que “mi mano” es la *causa instrumental* unida al cuerpo, a mí, y el hacha es la *causa instrumental* separada de mi cuerpo. Es decir, dos causas instrumentales.

Por tanto, el esquema de Santo Tomás es más complicado:

Causa principal, causa instrumental unida, causa instrumental separada, causa formal, causa material y causa final.

¿Cómo fusiona esto con los sacramentos?

- La **causa principal**, en los sacramentos es Dios
- La



instrumental unida es la humanidad de Cristo, unida a Dios Padre por su divinidad.

- **La causa instrumental separada** es el sacramento, por ejemplo, el bautismo
- **La causa material** es el agua, en el bautismo
- **La causa formal** es la fórmula, la palabra: *yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*
- **La causa final** es el perdón de los pecados, la incorporación a Cristo y a la Iglesia, el don del Espíritu santo.

Los sacramentos nos remiten a la humanidad de Dios

4. LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA: PARTICIPACIÓN EN LA LITURGIA DEL CORDERO

Hay una imagen que representa a Cristo crucificado y, en el trasfondo, a la Iglesia, representada por la basílica de San Pedro en Roma, como la fuente en una montaña, fuente de donde manan siete ríos, canales de misericordia divina, que transmiten el agua viva del Espíritu, a través de los sacramentos, a los corderos en la hierba fresca. *En verdes pastos me hace reposar. Me conduce a fuentes tranquilas, allí reparo mis fuerzas* (Sal 22,2-3).

a. Los sacramentos, autorrealizaciones del sacramento fundamental

Desde el movimiento eclesiológico de principios del siglo XX se ha podido decir que los sacramentos son autorrealizaciones de la Iglesia.

En los sacramentos, la Iglesia no solamente recibe la misericordia divina y alaba a Dios, según la expresión lograda de santo Tomás, sino también se realiza a sí misma. Sin la celebración de los sacramentos, la Iglesia no puede subsistir. Los sacramentos son una dimensión constitutiva de la esencia eclesial.

Los sacramentos actualizan, realizan, despliegan la sacramentalidad de la Iglesia en el Espíritu y desde el sacramento original, Cristo. La Iglesia, *hinchida y guiada por el Pneuma divino*, continúa la misión de Cristo-sacramento. La Iglesia no ‘representa’-sustituye- a un ausente sino lo re-presenta, lo hace presente de nuevo. La Iglesia es el instrumento provisional de la presencia permanente de Cristo.

Por esta razón, San Agustín afirmó: *Nuestro Señor Jesucristo no quiso dar a nadie su bautismo, no con el fin de que nadie se bautizara con él, sino para que fuera siempre el Señor quien bautizase. Esto se hizo con el fin de bautizar el Señor por sus ministros; esto es, los que son bautizados por sus ministros, son bautizados por el Señor, no por ellos. [...] La paloma bajó sobre nuestro Señor Jesucristo después del bautismo. En ella conoció Juan algo propio del Señor. [...] Aprendió que habría en Cristo una propiedad tal, en virtud de la cual, aunque fuesen muchos los ministros, santos o pecadores, la santidad del bautismo sólo se otorgaría a aquel sobre quien descendió la paloma, pues de él se dijo: “Éste es el que bautiza en el Espíritu Santo” (Jn 1,33). Bautice Pedro o Pablo o Judas, siempre es él quien bautiza.*⁵

b. Los sacramentos dentro de la estructura eclesial: ‘martyria’ – ‘leitourgia’ – ‘diakonia’

Ahora bien, los sacramentos no se viven aislados del resto de la vida cristiana, sino se insertan en una estructura ternaria y encuentran allí su alimento y su verificación. El relato de los discípulos de Emaús es paradigmático para entender esta estructura fundamental de la identidad cristiana. Esta reflexión la tomo prestada del teólogo francés Louis-Marie

⁵ (Tract. Io. Ev. 5,6; 6,7: BAC 139, 164; 194)

Chauvet, célebre por su visión sacramental, plasmada en su obra fundamental, *Símbolo y sacramento*⁶.

Recordamos brevemente lo que pasó con los dos discípulos que van de camino a Emaús, dejando detrás de sí a Jerusalén y a su historia con Jesús al que acaban de crucificar. El punto de partida, como en todos los relatos de la resurrección, es el abatimiento, el fracaso, la dispersión. Como vemos en *Emmaus*, un maravilloso cuadro de la artista estadounidense Janet Brooks Gerloff, son como dos sombras oscuras, dos espaldas negras que vuelven la espalda a su experiencia con Jesús. Su discurso es un discurso cerrado, dual, cada uno repitiendo al otro la misma palabra de fracaso, de agobio, de desilusión total. *Se han dejado encerrar, enterrar con Jesús en la tumba*, observa Chauvet. Y, cuando se detienen, no le reconocen.

Mantienen la iniciativa del discurso, el saber SOBRE Jesús, como un Señor del pasado, un Jesús histórico, un modelo quizá pero un modelo fracasado. Cuando Jesús toma la palabra, apela a la Escritura, se invierte la iniciativa y Jesús habla DESDE Dios. Los discípulos tienen que desprenderse de la razón, del apego a lo visible, controlable, palpable, para abrirse al Espíritu de la letra, a lo que apunta a la vida en la Escritura, que no es letra muerta, no es inscripción funeraria que habla de un muerto que mantiene en su tumba.

El Resucitado vive allí donde resuena su Palabra: en el hoy de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, que lee e interpreta las Escrituras. Todos los relatos de la Resurrección empiezan con un bloqueo, un susto, una ceguera, y un afán de ver el cuerpo, el cadáver, de tocarlo.

Pero no lo ven, no lo reconocen. El desbloqueo no se hace por la visión, que es todavía un conocimiento deficiente, sino por el desprendimiento de la visión: por escuchar la Palabra en su cuerpo de Palabra que es la Iglesia.

Después del momento de la apelación a la Escritura, el momento del *kerygma* y de la *martyria*, de la predicación y del testimonio, surge el momento del Sacramento, la *leitourgia*. Es el momento decisivo del encuentro con el Resucitado, momento decisivo para la fe: no afuera en el camino sino en el interior, en la intimidad, alrededor de una mesa. El Verbo toma cuerpo: los ojos se abren en el vacío habitado de la Iglesia. Vacío habitado que se puede apreciar en el mosaico de Rupnik en la Catedral de la Almudena en Madrid.

Como es bien sabido, la experiencia cristiana no se queda allí, con una liturgia de la palabra y una liturgia eucarística, sino que se prolonga en una *diakonia*, un servicio para el Reino de justicia y de paz en el mundo. El encuentro con el Resucitado opera su propia 'resurrección': los discípulos se levantan y se ponen en camino hacia Jerusalén para comprobar su fe con la de los apóstoles, y todo el grupo de discípulos dispersos nace como *ekklesia, koinonia*. La ética no es una consecuencia extrínseca de la fe sino que forma parte constitutiva de la fe: allí se verifica la fe. No puede apropiarse del DON, no puede hacerlo suyo de verdad, sin antes acogerla, celebrarla y sin la contrapartida del CONTRADÓN, del testimonio de fe.

Esta estructura ternaria implica en realidad un dinamismo, en el cual las tres dimensiones de nuestra fe se compaginan; la una lleva a la otra. De este modo, la Sagrada Escritura se queda en mera letra muerta hasta que se convierta, por proclamación litúrgica, en Palabra misericordiosa de Dios que compromete a la ética. Las celebraciones litúrgicas, a su vez, solo son memoria viva del Dios revelado cuando invitan a convertirse por la práctica de la

⁶ Cf. Louis-Marie CHAUVET, *Símbolo y sacramento* (Barcelona: Herder, 1991).

misericordia. Y la ética es cristiana solo cuando es respuesta a la misericordia divina revelada en las Escrituras y celebrada, actualizada en los sacramentos.

No obstante, existe el triple peligro de aislar cada dimensión de las otras y así de reducir al Viviente a un objeto muerto a disposición. Así la *martyria* puede caer en ideología, en fundamentalismos y dogmatismos que tratan de la Escritura como un depósito fijo de verdades. La *leitourgia* puede caer o bien en magia o bien en ritualismo, en costumbres que ya no tienen nada que ver con un encuentro salvífico con el Dios de la misericordia. La *diakonia* puede aislarse en moralismo y activismo, como si todo se jugara en la calle sin necesidad de alimentarse a la Fuente de vida. Sólo la fe sabe mantener unidas las tres dimensiones en proporciones variables.

Ahora bien, observamos que el círculo de la fe se dibuja con línea discontinua, para indicar que la Iglesia no se cierra al mundo sino se desborda hacia el mundo y hacia el Reino de Dios. La Iglesia es como el sacramento del Reino de Dios en medio del mundo. Lo afirma el Concilio Vaticano II en *Lumen gentium: La Iglesia es en Cristo como (veluti) un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*. (LG 1) y *La Iglesia, sacramento universal de salvación*. (LG 48).

c. Los sacramentos, participación en la Fuente de misericordia

Ahora conviene volver a la pregunta de partida: ¿Dónde podemos encontrar la Fuente, al Señor de la Fuente, quien nos pone en contacto con la misericordia divina?

Para responder a esta cuestión, vale la pena contemplar un cuadro, que se conserva en el Museo del Prado en Madrid, en el que se aprecia un jardín amurallado, una arquitectura gótica que corresponde a la visión medieval, contextualizada, de la visión joánica del Apocalipsis:

Luego me mostró el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero (Ap 22,1-2). Esta visión final de la Biblia nos hace visible la realidad invisible, la Liturgia celeste, eterna, celebrada en el cielo por los protagonistas del drama santo.

En medio del cuadro, percibimos el trono con un Dios Padre vestido de rojo, con tiara y en gesto de bendición. A sus pies, un cordero, el cordero de Dios. Está sentado entre la Virgen, con manto azul, y san Juan el evangelista, el visionario, vestido de verde, ambos leyendo las Escrituras. En las esculturas del trono podemos reconocer los cuatro vivientes, el león, el toro, el hombre y el águila, figuras de los evangelistas. En las columnas están los santos, los apóstoles y los patriarcas. En la hierba fresca escuchamos a ángeles tocando instrumentos. En las dos torres encontramos a ángeles cantando: es la Liturgia celestial, que no se percibe a este lado del muro. O mejor dicho, sólo se percibe con los ojos de la fe. Delante del muro, a la izquierda, vemos a la Iglesia terrestre, con el papa delante, mostrando a la Fuente de vida, lugar donde se participa en la Liturgia celeste. Detrás del papa, un cardenal, un obispo, un sacerdote, un monje. También vemos al emperador, al rey, a los nobles y a unos ciudadanos. Por desgracia solo varones. A la izquierda se encuentran los judíos, agitados, ciegos, reticentes, tapándose los oídos. Son los que no ven que la Fuente, que está delante, hace participar en la Liturgia celeste, ofrece vida, juventud, alimento y alegría. Percibimos que el agua lleva consigo a formas blancas: es tanto fuente bautismal como fuente eucarística. El cuadro afirma que los sacramentos son el acceso a la Liturgia celestial, nuestro punto de contacto, nuestro umbral con el misterio invisible.

Como observación final, es llamativo que no haya una paloma para indicar la presencia del Espíritu Santo. Esta ausencia no es anodina, puesto que el pintor sabe muy bien que san Juan en su evangelio recuerda a Jesús diciendo: *Si alguno tiene sed, que venga a mí, y beberá el que cree en mí, como dice la Escritura: 'De su seno correrán ríos de agua viva' (Is 44,3). Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. (Jn 7,37-39).* La Trinidad está bien presente en este cuadro, en esta Liturgia celeste, y el agua que brota del trono de Dios y del Cordero es Espíritu Santo, *Misterio escondido desde los siglos (Ef 3,9)*, pero manifestado en la Plenitud de los tiempos, porque solo puede ser nombrado y reconocido cuando sea acogido, *recibido (Jn 1,11).*

Dice Corbon que *El Río no tomará nombre más que cuando mane en otra fuente.* La Liturgia solo existe como encuentro en el umbral, como Visitación, y el Nombre resonará *"como un eco"* cuando la sed de uno y la sed de otro *"se sacian uno a otro al nombrarse mutuamente.* Solo podemos participar en esta Liturgia cuando la celebramos: solo entonces, la Liturgia se manifiesta y *"se hace nuestra"*. *"Separada así de la fuente, la celebración litúrgica se alza como un todo en sí misma, sin unión vital con el antes y el después"*. Chauvet diría: la *leitourgia* sin unión vital con la *martyria* y la *diakonía*, aislada en unas celebraciones que hacemos por costumbre.

Lo que realmente importa es tomar consciencia de que *antes de ser una celebración, la Liturgia es un acontecimiento* en el cual hay que participar. Nuestras celebraciones sacramentales permiten saciar nuestra sed en *la Fuente que se ha hecho sed.* Porque Dios tiene sed del hombre, con una impaciencia para *morar entre los hombres (Prov 8,31)*, impaciencia que es otro nombre para el Espíritu Santo, *impaciencia de la Gloria del Padre para que el hombre viva. El Río de Vida empieza a manar desde la cruz.* Con la Ascensión, el río de vida vuelve a su Fuente, al Padre: *Solo cuando la Vida, manada de la tumba, se convierte en Liturgia, puede por fin ser celebrada: entonces el Río regresa a su Fuente.* (Corbon)

Nuestras celebraciones litúrgicas son esencialmente acción de gracias, reflujo doxológico de este Río de Vida que nos es gratuitamente ofrecido. En este sentido, la Liturgia es Ascensión, pero es al mismo tiempo Pentecostés y, sobre todo, Transfiguración. El foco central es la Epiclesis, o *la 'invocación'* al Padre para que envíe su Espíritu sobre lo que le ofrece su Iglesia, para que la ofrenda sea transformada en Cuerpo de Cristo. Aunque *'Cristo es la Realidad'*, el Espíritu Santo es el artífice, autor de nuestra deificación y transfiguración: *El significado toma Cuerpo en Cristo, pero es su Aliento quien lo inspira.* El Espíritu es el gran dramaturgo, iconógrafo, mistagogo, pedagogo del "drama de la historia" que se juega entre el Don y la Acogida, entre la pasión de Dios por el hombre y la "nostalgia de Dios" que es el hombre: *¿Aceptará el hombre llegar a ser Árbol de Vida o, al contrario, pretenderá coger su fruto para sí?* (Corbon)

Si nos dejamos empapar por el Río de Vida que es la Liturgia, nos convertimos en árboles de Vida, según la visión apocalíptica de Juan, que sigue: *En medio de la plaza, a una y otra margen del río, hay un árbol de vida, que da fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles (Ap 22,2).* En Dios, ninguna persona es *en sí ni para sí:* esos términos son "signos de sequedad y de muerte." En la Comunión del Dios Vivo, el misterio de cada persona es ser para el Otro: "Oh, Tú." El drama de esta Liturgia divina, cósmica, se juega alrededor del Padre que es Fuente: del Hijo, que es "todo *hacia él*"; del Espíritu, que es "todo *de él*, devolviéndole en su Acogida el Don que él es." (Corbon)

Podríamos leer también los textos 7-8 de la constitución *Sacrosanctum concilium* del Concilio Vaticano II y, con ello, contemplar dos edificios recientes, ambos norteamericanos, que tratan de visibilizar esta participación en la Liturgia celestial: la catedral católica de Los Angeles (2002) y *St Gregory of Nyssa Episcopal Church* en San Francisco (1995).

Epílogo: San Ambrosio y el ciego de nacimiento (Jn 9)

Finalmente, para ilustrar cómo los gestos desconcertantes de Jesús se ponen en relación con nuestros sacramentos, leamos el comentario que hace san Ambrosio, el obispo de Milán, de la curación del ciego de nacimiento en Jn 9. Primero, leamos lo que nos cuenta el evangelista. ¡Merece la pena leer todo este capítulo!

¹Vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento. ²Y le preguntaron sus discípulos: “Rabbi, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?” ³Respondió Jesús: “Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios. ⁴Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. ⁵Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.” ⁶Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego ⁷y le dijo: “Vete, lávate en la piscina de Siloé” (que quiere decir Enviado). Él fue, se lavó y volvió ya viendo.

Después, hay diálogos con los vecinos y fariseos que le preguntan por Jesús. Era un sábado, por lo cual unos fariseos dudan que este hombre pueda venir de Dios. Otros saben que un pecador no puede hacer tales milagros. Entonces preguntan al ciego: ¹⁷¿Y tú qué dices de él, ya que te ha abierto los ojos? Él respondió: ‘Que es un profeta’. Al final unos fariseos le preguntan a Jesús: ⁴⁰¿Es que también nosotros somos ciegos?⁴¹ Jesús les respondió: Si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero, como decís: ‘Vemos’, vuestro pecado permanece.

Esta acción de Jesús es triplemente desconcertante. Primero, porque no se ha oído hablar nunca de una curación de un ciego de nacimiento. Segundo, porque lo hace un día del sábado. Jesús desconcierta porque sabe interpretar las reglas religiosas de un modo nuevo, desde dentro, desde el Padre.

¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? responde a sus padres, ya de niño desconcertante pero también *sujeto a ellos* (Lc 2,49.51). Tercero, desde la concepción de una justicia retributiva se vincula la enfermedad con el pecado, personal o heredado. Todavía hoy se puede escuchar esto: “¡Ay de mí! ¿Cómo he merecido esto?” Jesús quiere romper con esta tradición y traslada la mirada del pasado, del supuesto pecado, al futuro, o mejor dicho, a la futuridad del presente, como dice Karl Rahner, al Reino: *para que se manifiesten en él las obras de Dios* (Jn 9,3). Esta curación es más que acción misericordiosa individual, histórica, concreta: quiere ser un signo para todos, una curación de la ceguera de todos. Para que veamos el Reino presente en nuestro mundo, para que veamos la praxis misericordiosa de Jesús en acción en nuestro hoy, para que se nos abran los ojos del corazón. Por estas tres razones, esta curación del ciego de nacimiento era un gesto profético, inaugurador del Reino, como un *ôt* bíblico, un *speech act* o acto de habla (Austin) de Dios Padre para su pueblo, una palabra visible.

Veamos lo que nos dice san Ambrosio sobre este gesto desconcertante de Jesús.

Para ser curado se acercó un ciego al Salvador (Jn 9,1-7). Éste curaba a los demás con su palabra y discurso, y con sólo su mandato devolvía la luz de los ojos. Sin embargo, en el libro del evangelio que se titula según san Juan –el que vio, indicó y explicó grandes misterios más

que los otros—, en aquel ciego quiso prefigurar este misterio. Sin duda todos los evangelistas son santos, todos los apóstoles son santos, excepto el traidor. Sin embargo, san Juan, el que escribió el último evangelio, como amigo buscado y elegido por Cristo, hizo oír con trompeta más potente los misterios eternos. Todo lo que dijo es misterio. Otro dijo que el ciego fue curado, lo dijo Mateo, lo dijo Lucas, lo dijo Marcos. ¿Qué es lo que sólo Juan dice? Tomó barro, lo extendió sobre sus ojos y le dijo: Vete a Siloé (Jn 9,6-7). Y levantándose, fue y se lavó y volvió con vista (Jn 9,7).

¡Considera tú también los ojos de tu corazón! Las cosas que son corporales las veías con los ojos corporales, pero aquellas que conciernen a los sacramentos aún no podías verlas con los ojos de tu corazón. Así pues, cuando diste tu nombre, Él tomó barro y lo extendió sobre tus ojos. ¿Qué significa? Que tenías que reconocer tu pecado, examinar tu conciencia y hacer penitencia de tus delitos, es decir, reconocer la suerte del linaje humano. Pero, aunque no confiese pecado el que viene al bautismo, sin embargo, con esto mismo hace confesión de todos sus pecados, porque pide ser bautizado para ser justificado, es decir, para pasar de la culpa a la gracia. ¡No lo consideres algo inútil! Hay alguno —por lo menos sé ciertamente que hubo uno— que, cuando nosotros le dijimos: “A tu edad tienes mayor obligación de bautizarte”, respondió: “¿Para qué bautizarme? No tengo pecado. ¿Acaso he contraído pecado?” Éste no tenía barro porque Cristo no se lo había extendido, es decir, no le habían abierto los ojos. Porque no hay hombre sin pecado.

Por tanto, se reconoce que es hombre aquel que se refugia en el bautismo de Cristo. Así pues, a ti también te puso barro, es decir, pudor, prudencia, conciencia de tu fragilidad, y te dijo: Vete a Siloé. ¿Qué significa Siloé? Esto se traduce, dice el evangelista, como enviado (Jn 9,7). Es decir, vete a aquella fuente en la que se predica la cruz del Señor, vete a esa fuente en la que Cristo ha redimido los errores de todos. Fuiste, te lavaste, viniste al altar, comenzaste a ver lo que antes no veías. Es decir, por la fuente del Señor y por la predicación de la pasión del Señor, se abrieron tus ojos. Tú, que parecías antes como ciego de corazón, comenzaste a ver la luz de los sacramentos.⁷

Este texto es un extracto de la catequesis que san Ambrosio dio un jueves de Pascua a los recién bautizados, a los que se incorporaron a la Iglesia y a Cristo en la vigilia pascual. Como otros padres de la Iglesia, el obispo de Milán reconoce en este episodio joánico una tipología neotestamentaria del sacramento del bautismo. Este evangelio se leía en Milán el cuarto Domingo de Cuaresma, ayudando a los catecúmenos que se preparaban a recibir el bautismo en la vigilia pascual, pero también a toda la Iglesia en comunión con ellos, a reconocer a Cristo ofreciendo Él mismo la misericordia del Padre a través del bautismo. Los Padres de la Iglesia nunca se cansan de apuntar al hecho de que es Cristo mismo quien sigue actuando en los sacramentos, transmitiendo el perdón misericordioso del Padre.

El texto siguiente es del diácono san Efrén el Sirio, conocido y alabado por sus numerosos himnos litúrgicos que ha compuesto, en siríaco, y que siguen siendo cantados en las iglesias orientales:

1. *Cristo (meshiha) y el óleo (mesha) se han asociado,
el Invisible con lo visible se ha mezclado.
El óleo unge visiblemente,
Cristo marca invisiblemente
a los corderos nuevos y espirituales (ruhana),*

⁷ (San Ambrosio (340-397), *Los sacramentos*, III,11-15)

*un rebaño cuya gloria es doble:
pues su concepción es de óleo
y su nacimiento del agua.*

RESPONSORIO: Cristo marca con el óleo los nuevos corderos de su rebaño.

2. *¡Qué elevado es vuestro rango!
Mientras la pecadora unguía (Mc 14,3-9; Lc 7,36)
los pies de su Señor como sirvienta,
es Cristo mismo quien, como servidor,
a través de sus ministros
ha marcado y ungido vuestros cuerpos.
Conviene al Señor del rebaño
marcar su ganado por sí mismo.*

Nuestro teólogo-poeta alaba las maravillas de la unción prebautismal, o sea, de la unción que se hace dentro de la liturgia bautismal de la vigilia pascual. Efrén subraya que es Cristo mismo quien unge, como *diákonos*, como Buen Pastor de su rebaño. En el bautismo renacemos como rebaño de un solo Pastor, un solo Señor. Detrás hay la teología bautismal del discurso de Jesús con Nicodemo, cuando le dice: *El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios* (Jn 3,5).

Esta frase joánica se ha entendido desde siempre en clave bautismal: el bautismo como nuevo nacimiento, después de hundirnos en la fuente, la tumba y renacer del seno. Efrén subraya que vemos el óleo, pero es Cristo quien, invisiblemente, deja su marca en nosotros, su sello, su Espíritu. Martin Lutero ha podido decir que la Palabra es como una carta de Dios dirigida a nosotros y el bautismo como el sello de esta carta. El término siriano para el óleo está muy conectado con la palabra Salvador, Mesías. Así, cuando Cristo el Ungido nos unge, somos ungidos en Él, y nacemos como cristianos.

Se podrían ilustrar estos versos con el fresco del baptisterio más antiguo que se conoce, el de Dura-Europos en Siria. Encima de la fuente bautismal, del siglo tercero, se encuentra un fresco del Buen Pastor con su rebaño de corderos. *En verdes pastos me hace reposar. Me conduce a fuentes tranquilas, allí repara mis fuerzas* (Sal 22,2-3).

Muchas gracias